

III

Estudiemos ahora el carácter propio de la memoria psíquica, el que le es exclusivo, el que, sin cambiar nada de su naturaleza ni de sus condiciones orgánicas, hace de ella la forma más compleja, más alta y más inestable de la memoria. Este carácter, en el lenguaje de la escuela, se llama «reconocimiento». Yo le llamaría «localización en el tiempo», porque este término no implica ninguna hipótesis, y no es sino la simple expresión de los hechos.

Pocas cuestiones hay en que el método de las «facultades» haya creado más obstáculos dificultando todo con explicaciones ficticias. Bueno será, pues, decir ante todo, en pocas palabras, como se plantea y se resuelve para nosotros este problema.

La localización en el tiempo (por ejemplo, recordar que tal accidente nos ha ocurrido en tal época y en tal sitio) no es un acto primitivo. Supone, á más del estado de conciencia principal, estados secundarios, variables en número y en grado, que, agrupados á su alrededor, le determinan. Á mi entender, lo que mejor explica el mecanismo del «reconocimiento» es el mecanismo de la visión.

La distinción entre las percepciones visuales primitivas y las percepciones adquiridas es bien corriente, á partir de Berkeley. Se sabe que el dato primitivo es la superficie coloreada; que los datos secundarios son la dirección, la distancia, la forma, etc.; que la primera depende sobre todo, de la sensibilidad de la retina; que las segundas dependen, sobre todo, de la sensibilidad muscular del ojo; que, mediante el hábito, se funden tan bien lo primitivo y lo adquirido que, para el sentido común, no hay más que un acto simple inmediato, aunque el análisis, las experiencias, los casos patológicos prueban lo contrario. Lo mismo sucede con la memoria. El estado de conciencia primitivo se da, ante todo, como simplemente existente; los estados de conciencia secundarios, que se le agregan, y que consisten en relaciones y en juicios, lo localizan á cierta distancia en la duración, de suerte que podemos definir la memoria: *una visión en el tiempo*.

Esta operación, que por razones de claridad acabamos de indicar en conjunto, debemos estudiarla ahora más de cerca y en pormenor.

La explicación teórica de la localización en el tiempo tiene por punto de partida la ley anunciada por Dugald Stewart, y puesta tan en claro por Taine: «Los actos de imaginación van siempre acompañados de una creencia (al menos

mómentánea) en la existencia real del objeto que les ocupa» (1). Esta creencia, que existe en su más alto grado en la alucinación, en el vértigo, en el ensueño (faltos de percepciones reales que la corrijan) existe, aunque en un menor grado, en todos los estados de conciencia. No hablaré del mecanismo por el cual el estado de conciencia se despoja de su realidad objetiva y se reduce á una pura concepción del espíritu. Léanse las explicaciones que M. Taine ha dado de ello (2).

En todo caso, esto no es un recuerdo. Mientras una imagen, cualquiera que sea el contenido (lo mismo que represente una casa, ó una invención mecánica, ó un sentimiento), queda aislada y como suspendida en la conciencia, sin relación con otros estados que tienen ya en nosotros sitio fijo, sin poder ser colocada en ninguna parte, no vemos en ella más que un estado actual. Pero entre estas imágenes, algunas tienen la propiedad, desde que entran en la conciencia, de echar ramificaciones en distintos sentidos, suscitar estados que las ligen al presen-

(1) Dugald Stewart, *Philosophie de l'esprit humain*, trad. Peisse, t. 1, pág. 177; Taine. *La inteligencia*, primera parte, lib. II, cap. I, párrafo 3. Se encontrará en este último libro una colección de hechos que no dejan duda alguna sobre este punto.

(2) *La inteligencia*, en particular, segunda parte, libro I, cap. II.

te, y gracias á los cuales, nos aparecen como formando parte de una serie más ó menos larga que acaba en el presente; en otros términos, se localizan en el tiempo.

No trataré de indagar si es la memoria la que hace posible la idea del tiempo, ó si es la idea del tiempo la que hace posible la memoria; ni si el tiempo es una forma *à priori* del espíritu, ni si es explicable por una génesis empírica. Estas cuestiones corresponden á una crítica del conocimiento, no á una psicología empírica. Esta no tiene que ocuparse de tales debates críticos ú ontológicos. Afirma á título de hecho, que el tiempo implica la memoria y que la memoria implica el tiempo; con esto le basta. Sentado esto, ¿cómo localizamos en el tiempo?

Teóricamente no tenemos más que un modo de proceder. Determinamos las posiciones en el tiempo, como las posiciones en el espacio, por relación con otro punto fijo que, para el tiempo, es nuestro estado presente. Notemos que este presente es un estado real, que tiene su cantidad de duración. Por breve que sea, no es, como nos inclinan á pensar las metáforas del lenguaje, un relámpago, una nada, una abstracción análoga al punto matemático: tiene un principio y un fin. Además su principio no nos parece como un comienzo absoluto; se une á algo con lo cual forma continuidad. Cuando lee-

mos (ú oímos) una frase, á la quinta palabra, por ejemplo, queda algo de la cuarta. Cada estado de conciencia no se borra sino progresivamente; deja una prolongación análoga á lo que los fisiólogos llaman una imagen consecutiva (ó mejor aún en otros idiomas *after-sensation*, *Nachempfindung*). Así, la cuarta y la quinta palabra están en continuidad, el fin de una toca con el principio de la otra. Este es el punto capital. Hay una proximidad, no indeterminada, que consiste en que dos extremos *cualesquiera* se tocan; y en que el extremo *inicial* del estado presente, toca al extremo *final* del estado anterior.

— Si se comprende bien este hecho sencillo, se comprenderá también el mecanismo *teórico* de la localización en el tiempo porque, es claro, que puede hacerse lo mismo el paso regresivo de la cuarta palabra á la tercera, y así sucesivamente, y que, teniendo cada estado de conciencia su cantidad de duración, el número de estados de conciencia, recorridos así regresivamente, y su cantidad de duración dan la posición de un estado cualquiera con relación al presente: su alejamiento en el tiempo. Tal es el mecanismo teórico de la localización; una marcha regresiva que, partiendo del presente, recorre una serie de términos más ó menos largos.

Prácticamente, recurrimos á procedimientos muy sencillos y muy expeditivos. Hacemos muy

pocas veces esta carrera regresiva á través de todos los intermediarios, muy raras veces á través de la mayor parte. Nuestra simplificación consiste sobre todo, en el empleo de *puntos de referencia*. Pongamos un ejemplo muy vulgar. El 30 de Noviembre espero un libro, pedido con urgencia. Tiene que venir de lejos, y el camino exige lo menos veinte días. ¿Lo he pedido en tiempo oportuno? Después de dudar un rato me acuerdo de que hice mi petición la víspera de un corto viaje, cuya fecha puedo fijar, de una manera, precisa, en el domingo 9 de Noviembre. Desde entonces el recuerdo es completo. Si se analiza este caso, se ve que el estado de conciencia principal—la petición del libro—se encuentra, desde luego, alejado en el tiempo de un modo indeterminado.

Aquel estado de conciencia despierta estados secundarios: comparado con éstos, se coloca tan pronto antes que ellos, tan pronto después. «La imagen viaja deslizándose, ya hacia adelante, ya hacia atrás en la línea del pasado; cada frase pronunciada mentalmente ha determinado un movimiento de báscula (1). Después de oscila-

(1) Taine. *La inteligencia*, 2.^a parte, libro I, cap. II, párrafo 7. Se encontrará aquí, á propósito de un ejemplo análogo, un excelente análisis que nos dispensa de insistir sobre este punto.

ciones más ó menos largas, encuentra por fin su lugar; allí se fija y es reconocido. En este ejemplo, el recuerdo del viaje es lo que yo llamo un punto de referencia.

Entiendo por punto de referencia un acontecimiento, un estado de conciencia en el cual conocemos bien la posición en el tiempo, es decir, su distancia con relación al momento actual, y ésta nos sirve para medir las demás distancias. Estos puntos son siempre estados de conciencia que por su intensidad luchan mejor que otros contra el olvido, ó, por su complejidad, son aptos para suscitar relaciones, ó aumentar las probabilidades de reviviscencia. No son escogidos arbitrariamente; se nos imponen. Tienen un valor completamente relativo. Sirven para una hora, para un día, para una semana, para un mes; después, no usándolos, caen en el olvido. Tienen casi siempre un carácter puramente individual; sin embargo, algunos son comunes á una familia, á una pequeña sociedad, á una nación. Si no me equivoco, estos puntos de referencia forman para cada uno de nosotros, diversas series, respondiendo aproximadamente á los diversos acontecimientos, de que se compone nuestra vida: ocupaciones diarias, sucesos de familia, trabajos profesionales, investigaciones científicas, etcétera; estas series son tanto más numerosas cuanto más variada es la vida del individuo. Tales

puntos son como los postes kilométricos ó indicadores colocados en los caminos, que partiendo de un mismo punto, divergen en diferentes direcciones. Hay además la particularidad de que estas series pueden en cierto modo yuxtaponerse para compararse entre sí.

Falta demostrar cómo estos puntos de referencia permiten simplificar el mecanismo de la localización. Si suponemos que el suceso llamado punto de referencia vuelve muy frecuentemente á la conciencia, se compara muy á menudo al presente, en cuanto á su posición en el tiempo; es decir, que los estados intermediarios se despiertan con mayor ó menor claridad. Resulta de aquí que la posición del punto de referencia es, ó al menos parece ser (porque veremos más tarde que todo recuerdo implica una ilusión) cada vez mejor conocida. Por la repetición, esta localización llega á ser inmediata, instantánea, automática. Es un caso análogo al de la formación de un hábito. Los intermediarios desaparecen porque son inútiles. La serie se reduce á dos términos, y estos dos términos bastan, porque su alejamiento en el tiempo está suficientemente conocido. Sin este *procedimiento abreviativo*, sin la desaparición de un número prodigioso de términos, la localización en el tiempo sería muy larga, muy penosa, y reducida á estrechos límites. Gracias á él, por el contrario, desde que

la imagen surge, supone una primera localización instantánea, y se coloca entre dos límites, el presente y un punto de referencia cualquiera. La operación se concluye después de algunos tanteos y es á veces laboriosa, infructuosa y quizá nunca precisa.

Si el lector quiere estudiar bien sus propios recuerdos, no creo que presente objeciones serias contra lo que precede. Notará, además, cuánto se parece este mecanismo al otro de que nos valemos para localizar en el espacio. Allí también hay puntos de referencia, procedimientos abreviados, distancias perfectamente conocidas, que empleamos como unidades de medida.

No es inútil tampoco demostrar en pocas palabras que la localización en el porvenir se hace por un mecanismo análogo. Nuestro conocimiento del porvenir no puede ser más que una copia del pasado. No encuentro en él más que dos categorías de hechos: unos, que son una reproducción pura y simple de lo que sucedió en las mismas épocas, en los mismos sitios, en las mismas circunstancias; otros, que consisten en inducciones, deducciones, conclusiones sacadas del pasado, pero elaboradas por el trabajo lógico del espíritu. Aparte de estas dos categorías, todo es posible, pero todo es desconocido.

Evidentemente, la primera clase de hechos es la que se parece más á la memoria, porque es

simple reproducción de lo que ha sucedido. Un hombre tiene la costumbre de ir todos los años á pasar el mes de Septiembre á una casa de campo. En pleno invierno la recuerda con sus alrededores, sus habitantes, su género de vida. Esta imagen flota al principio indeterminada, es á la vez materia de recuerdo y de esperanza. Desde luego se aleja del presente; después se desliza por el invierno, la primavera, el verano; por fin, se localiza. El curso del año, con su sucesión de estaciones, de fiestas, sus cambios de ocupaciones, le suministra puntos de referencia. Este mecanismo no difiere del de la memoria más que un punto: este es, que pasamos del extremo *final* del presente al extremo *inicial* del estado ulterior. No vamos, como pasa en el recuerdo, de un principio á un fin, sino más bien de un fin á un principio. Recorremos, en este orden invariable, teóricamente, todos los estados intermedios; prácticamente, algunos puntos de referencia. El mecanismo es, pues, el mismo que para la memoria, sólo que funciona en otro sentido.

En suma, si dejamos aparte las explicaciones verbales, encontramos que el «reconocimiento» no es una «facultad», si no un hecho, y que este hecho resulta de una suma de condiciones. Además, el «reconocimiento», la localización en el tiempo, varía á medida de estas condiciones, en todos los grados posibles. En el más alto están

los puntos de referencia; debajo los recuerdos vivos, precisos, colocados con toda rapidez; más bajos, los que causan dudas y exigen un tiempo apreciable; más bajos todavía, los reconocimientos laboriosos, que no se obtienen más que á fuerza de ensayos y de estratagemas; en fin: en algunos casos el trabajo no resulta, y nuestra indecisión se traduce por frases de este género: «¡Me parece que he visto esta cara!» «¿Lo he soñado?» Un paso más, y la localización es nula; la imagen, despojada de sus soportes y límites, rueda como un vagabundo, sin casa ni hogar. Hay numerosos ejemplos de este último caso y se encuentran donde menos se espera. Por causas de enfermedad ó vejez, hay hombres célebres que no reconocen sus obras más personales. Al fin de su vida, Linneo se complacía en leer sus propias obras, y cuando estaba entregado á esta lectura, olvidando que él era el autor, exclamaba: «¡Qué hermoso! ¡Querría haber escrito esto!» Se cuenta un hecho análogo, apropiado de Newton y del descubrimiento del cálculo diferencial. Walter Scott, en su vejez, estaba sujeto á esta clase de olvidos. Se recitó un día en su presencia un poema, que le gustó mucho; pidió el nombre del autor: era un canto de su *Pirata*. Ballantyne, que le sirvió de secretario y que ha escrito su vida, expone, con los detalles más minuciosos, cómo le dictó una gran parte

de *Ivanhoe* durante una enfermedad aguda. El libro estaba concluído é impreso antes que el autor pudiese abandonar el lecho. No había conservado ningún recuerdo, salvo la idea madre de la novela, que era anterior á su enfermedad.

En un caso citado por Forbes Winslow, la imagen parece ser casi reconocida, localizada; está en el límite, un apoyo muy pequeño habría bastado, pero no lo tuvo: «El poeta Rogers, de noventa años, paseaba en coche con una señora. Esta le interrogaba sobre otra señora de la que él no podía acordarse. Hizo parar y preguntó al criado: ¿Conocía yo á Mme. M...?—La respuesta fué afirmativa. Este fué un momento penoso para ambos. Entonees me cogió por la mano y me dijo:—Nos os preocupéis, querida; todavía no me veo reducido á hacer parar el coche para preguntar si os conozco» (1).

Un hecho mucho más instructivo para nosotros refiere Macaulay en uno de sus *Ensayos*, consagrados á Wycherley. Su memoria, dice, era á la vez extremadamente poderosa y extremadamente débil al final de su vida. Si se le leía

(1) Laycock, *A chapter on some organic laws of personal and ancestral memory*, pág. 19; Carpenter, *Mental Physiology*, pág. 444; Ballantyne, *Life of Walter Scott*, capítulo XLIV, Spring, *Symptomatologie*, t. II, pág. 530; Forbes Winslow, loc. cit., pág. 247.

alguna cosa por la noche, despertaba al otro día por la mañana con el espíritu lleno de los pensamientos y de las expresiones oídas la vispera, y las escribía con la mejor fe del mundo, sin sospechar que no le pertenecían. Aquí el mecanismo de la memoria está claramente dividido en dos: la patología nos da el análisis. Interpretando éste según lo expuesto en los párrafos anteriores, diremos: La modificación impresa á las células cerebrales ha persistido; las asociaciones dinámicas de los elementos nerviosos quedan estables; el estado de conciencia, unido á ellas, ha surgido; estos estados de conciencia se han reasociado y reconstituido en series (frases ó versos). Luego, la operación mental se detiene bruscamente. Estas series no despiertan ningún estado secundario; permanecen aisladas, sin relación que las una al presente ó las aleje de él, sin nada que las sitúe en el tiempo. Quedan en el estado de imágenes y parecen nuevas, porque ningún estado concomitante les imprime la señal del pasado.

La localización en el tiempo tiene tan poco de acto simple, primitivo, instantáneo, que con frecuencia exige un intervalo apreciable, hasta para la conciencia. En los casos en que parece instantánea, su rapidez es un resultado del hábito. Del mismo modo juzga el ojo la distancia de los objetos, y es probable que para una memoria

naciente, como para una visión naciente, ninguna localización sea instantánea (1).

No hemos encontrado, en definitiva, en la más alta forma de la memoria, más que una operación nueva, la localización en el tiempo. Para terminar, nos queda que demostrar el carácter *relativamente ilusorio* de esta operación.

Me represento en este momento con caracteres muy vivos, una visita que hice hace un año á un viejo castillo de Bohemia. Esta visita duró dos horas. Hoy la rehago fácilmente en la imaginación; entro por la inmensa puerta; atravieso sucesivamente los corredores, las galerías, las salas, las capillas; vuelvo á ver sus frescos y sus decoraciones originales; me oriento bastante bien en el dédalo de aquel viejo castillo, hasta mi sa-

(1) Notemos además, lo que sucede en los acontecimientos cuya repetición ha sido frecuente. He hecho cien veces el viaje de París á Brest. Todas estas imágenes se superponen, forman una masa indistinta, propiamente hablando, un mismo estado vago. Entre ellos, los viajes unidos á algún suceso importante, feliz ó desgraciado, son los únicos que tienen para mí recuerdos: los únicos que despiertan estados de conciencia secundarios, que están localizados en el tiempo, que son reconocidos. Se ha debido notar que nuestra explicación del mecanismo del «reconocimiento» concuerda con la que se ha dado en el tratado de *La Inteligencia*, 2.^a parte, libro I, capítulo II, párrafo 6.

lida, pero me es imposible representarme la duración de la visita, como igual á las dos horas que acababan de pasar. Me parece como mucho más corta, y la diferencia será aún más grande si las dos horas se han gastado en alguna visita análoga ó en alguna sociedad agradable. Si declaramos los dos períodos iguales, es por testimonio de los relojes y á pesar del testimonio de la conciencia.

Todo recuerdo, por claro que sea, sufre un enorme acortamiento. Este hecho es indiscutible y se produce siempre. Experimentos científicos, aplicados á casos muy sencillos, donde los motivos de error son muy pequeños, confirman esta ley. Vierordt ha demostrado que si intentamos representar fracciones de segundo, la representación de esta fracción es siempre muy grande; lo contrario se produce cuando se trata de varios minutos ó de varias horas. Para estudiar la duración de estos pequeños intervalos, hacia observar, durante algún tiempo, las oscilaciones de un metrónomo; después el observador debía reproducir él solo los golpes, tan rápidos como los que había oído. El intervalo de los golpes imitados era muy largo cuando el intervalo real era corto, muy corto cuando el intervalo real era largo (1).

(1) Vierordt, *Der Zeitsinn nach Versuchen*, 36-III. Experimentos análogos de H. Weber sobre las percepciones visuales. *Tastsinn und Gemeingefühl*, 87. Véase

Con la complejidad de los estados de conciencia, el error aumenta todavía más. Lo que tiene de más embarazoso es que este acortamiento no se hace según ninguna ley apreciable. No se puede decir que es proporcional á su alejamiento. Y aun puede decirse que no lo es. Si me representase mis diez últimos años por una línea de un metro, el último año se extiende tres ó cuatro decímetros; el quinto, rico en sucesos, se extiende dos decímetros; los otros ocho se encierran en lo que queda.

En Historia, tiene lugar la misma ilusión. Ciertos siglos parecen más largos; y si no me equivoco, el periodo que va desde nuestros días á la toma de Constantinopla parece mayor que el que va desde este suceso á la primera cruzada, aunque los dos sean próximamente iguales cronológicamente. Esto depende tal vez de que el primer período nos es más conocido, y de que mezclamos en él nuestros recuerdos personales.

Á medida que el presente entra en el pasado, los estados de conciencia desaparecen y se destruyen. Vueltos á ver á algunos días de distancia, no queda nada ó casi nada: la mayor parte se han hundido en un caos de donde ya no saldrán y se han llevado consigo la cantidad de duración

también *Hanbuch der Physiologie*, publicado por V. Hermann, 1879, t. II, 2.^a parte, pág. 282.

que les era inherente; á consecuencia de una pérdida de estados de conciencia hay una pérdida de tiempo. Ahora bien, los procedimientos abreviativos, de que hemos hablado, suponen esta pérdida. Si para seguir un recuerdo lejano necesitáramos seguir la serie entera de los términos que nos separan de él, la memoria sería imposible, á causa de lo largo de la operación (1).

Llegamos, pues, á sacar de este resultado paradójico, que una condición de la memoria es el olvido. Sin el olvido total de un número prodigioso de estados de conciencia y el olvido momentáneo de otro gran número, no podemos recordar. El olvido, salvo en ciertos casos, no es, pues, una enfermedad de la memoria, sino una condición de su salud y de su vida. Encontramos

(1) Abererombie (*Essay on intellectual Powers*, página 101) nos presenta una prueba: «El Dr. Leyden tenía una facultad extraordinaria para aprender lenguas, y podía repetir exactamente un largo *Decreto* del Parlamento ú otro documento semejante, que no había leído más que una vez. Un amigo le felicitó por este don tan extraordinario, y le respondió que, lejos de ser una ventaja, era frecuentemente para él un gran inconveniente. Explicó que cuando quería recordar un punto cualquiera de alguna cosa que había leído, no podía hacerlo sino repitiéndose la totalidad del trozo, desde el principio hasta que llegaba al punto que él quería recordar».

aquí una analogía notable con los dos procesos vitales esenciales. Vivir, es adquirir y perder; la vida está constituida por el trabajo que desasimila, tanto como por el que fija. El olvido es la desasimilación.

Un segundo resultado (y éste nos lleva de nuevo á las funciones visuales) es que el conocimiento del pasado se parece á un cuadro de perspectivas lejanas, á la vez engañoso y exacto, y que saca su exactitud de la ilusión misma. Si por una hipótesis irrealizable pudiésemos comparar nuestro pasado real, tal como ha sido fijado por nosotros objetivamente, con la representación subjetiva que nos proporciona nuestra memoria, veríamos que esta copia consiste en un sistema particular de proyecciones; cada uno de nosotros se orienta sin trabajo en este sistema, porque él lo ha creado.

IV

Hemos ido subiendo por partes hasta el más alto grado de la memoria; nos falta ahora seguir el orden inverso y volver progresivamente á nuestro punto de partida. Este regreso es simplemente para demostrar por segunda vez que la memoria consiste en un proceso de organización de grados variables comprendidos entre dos